

NB, la ciudad que no escuchó a sus profetas

José Manuel Pérez Tornero¹

Siempre hay diluvios que arrasan con todo. Siempre hay personas que construyen arcas de salvación para afrontar el aguacero. Pero todo es un ciclo reversible. El péndulo que va de extremo a extremo: de la destrucción a la salvación.

Todas las ciudades han servido de arcas. Cobijaron a *los suyos*, y dieron refugio a *los otros*. Pero todas las ciudades se enfrentan periódicamente a diluvios o a tsunamis que pueden arrasar todo. Caos y orden. Orden y caos. Un ciclo casi infinito.

De manera que lo que queda hoy día de las ciudades solo se entiende como una acumulación de diferentes estratos de supervivencia (de vida) como arcas que resisten los tsunamis y los diluvios. Aunque a veces, son las mismas arcas las que acaban siendo prisiones sin escape en momentos de zozobra o naufragio.

Miremos nuestro horizonte de habitantes de ciudades desde 2025. A nuestro alrededor, infinidad de diluvios y amenazas de tsunamis para nuestras metrópolis. **Fenómenos meteorológicos extremos** debidos en buena parte al deterioro climático del planeta que se convierten en huracanes voraces, danas destructoras, borrascas corrosivas, incendios espeluznantes, sequías dramáticas,,, y al fin desertización y desolación. **Violencias también extremas**: invasiones de crueldad inaudita, bombardeos, genocidios, violencia étnica, y violencia verbal por doquier. **Fenómenos de desigualdad lacerante**: en lo político, económico y social. Cada vez menos tienen más, y cada vez esos menos piensan menos en los demás. Lo que se traduce en políticas traumáticas, de egoísmo y etnicismo corrosivo, en improvisación y locura.

Podemos, a partir de este horizonte, intentar imaginar qué serán nuestras ciudades del futuro. ¿Serán ciudades-cobijo-refugio o ciudades desoladas y arrasadas por diluvios y tsunamis de toda especie? Y para el caso, ¿serán ciudades AMI (o MIL) ordenadas y civilizadas? ¿O serán ciudades *barbarizadas* y caóticas?

Viajemos a un futuro lejano: cien años más, un siglo tras el **rearme europeo que empezó en 2025**.

¹ Coordinador del Programa UNESCO de Cooperación Alfabetización Mediática e Informativa y Diálogo Intercultural. Catedrático Emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Año 2125. Una ciudad cualquiera a la que llamaremos **Nueva Babel (NB)** puede servirnos de referencia. Como en su día nos sirvieron las ciudades invisibles de Calvino. Una invisibilidad que, sin embargo, nos puede visibilizar algunos de nuestros futuros posibles.

Nueva Babel se eleva como una torre grandiosa de cristal y algoritmos sobre las ruinas de lo que alguna vez fue una promesa de salvación. Ya no lo es. Pero conserva la fascinación de la nostalgia y la decepción.

Desde la distancia, la ciudad brilla. En la lejanía, sus rascacielos compiten por tocar el cielo y sus calles son ríos de luz y sombra. Evoca a la Nueva York de principios de siglo XX -la Shangay de finales, la Dubái de no se sabe qué año o Las Vegas (casino en un desierto)-.

Pero conforme la vemos de cerca, la ilusión se desvanece. El espejismo ha durado poco. Lo que parecía un sueño futurista es, en realidad, una distopía cuidadosamente diseñada.

Los habitantes de Nueva Babel caminan con los ojos semicerrados, inmersos en gafas neuronales que los desconectan del mundo tangible.

Pocos de ellos recordarán el día en que un diluvio, que no lo parecía al principio, se convirtió muy pronto en un tsunami digital. Lo cambió todo. Lo sólido, primero, se hizo líquido. Luego, gaseoso. El espacio se achicó y al mismo tiempo creció la distancia. La comunidad, sencillamente, dejó de serlo y se convirtió en un rebaño de burbujas voladoras, pompas vanas de jabón que diría algún poeta olvidado. El tiempo se fulminó. Ni fue espera, ni duración. Implosionó. Dejó de ser una de las condiciones de existencia. Fue a causa de la velocidad o/y de la prisa (que es la hiperangustia psicológica que genera la velocidad).

Sin embargo, en principio, ese diluvio digital, se perfiló en la bruma del caos generado anteriormente como una promesa. Fue percibido mayoritariamente como el punto de fuga (escape) de una civilización que, basada en los combustibles fósiles y en esas máquinas infernales de los automóviles que lo habían fagocitado y contaminado todo. Por aquel entonces, insisto, la digitalización -lo que con más precisión se llamó **transformación digital**- se presentó como la nueva arca de Noé: la salvación ante la miseria caótica de unas ciudades cargadas de tráfico, humo y de muchedumbres en movimiento (como zombies).

No lo fue. En realidad esa ansiada Arca digital solo fue un envoltorio de celofán para los habitantes de Nueva Babel. Les ofreció una sensación falsa de seguridad, como si vivieran en una burbuja inexpugnable, en una especie de ciudadela personal. Pero, de hecho, esa burbuja pegajosa solo les sirvió para separarse unos de otros. Les creó la ilusión de ser ubicuos y estar comprometidos con toda la realidad, pero, realmente, los desterró de su propio suelo, los ensimismó y los deshumanizó.

La transformación digital, lejos de resolver problemas anteriores, los empaquetó en nuevos formatos.

Lo que era masivo, se expandió aún más; pero con la apariencia de una personalización a la medida década cual. Lo que era repetitivo, alcanzó una multiplicación casi infinita. Lo que en principio se estandarizaba estadísticamente se convirtió, a fuerza de rutina, en un formato único y compulsivo.

Del feudalismo y la tiranía se pasó al autoritarismo blando, al totalitarismo invisible. Del vasallaje medieval al tecnofeudalismo imperialista.

Por eso, en el 2125 Nueva Babel es y será una torre ilusa e ilusoria. Sin capacidad de autoanálisis, navegando en un espacio sin gravedad, sin sentido.

Sus habitantes, confiados en la transparencia y ligereza de un mundo digital -que es ante todo una ilusión-, viven sin conciencia crítica. Conformándose con cualquier cosa, como si desconfiaran de sus propias capacidades y no quisieran ser autónomos. Dejándose hibridar, *ciborgizar*, transformar a ritmo de mediatizaciones tecnológicas que parecen adormecerlos, o al compás de cortos cantos políticos que los arrullan con eslóganes de tonos goebbelianos.

Los Profetas

¿Cómo pudo llegarse a esta ruina desilusionada de la Nueva Babel? ¿Cómo pudo trastocarse la esperanza del Arca en la desolación actual?

En las propias leyendas y cuentos de esa misma ciudad, hay que buscar la explicación. Por lo menos la explicación intelectual. Como el becerro de oro explicó el descarrío del Pueblo Elegido, según la Biblia.

Nueva Babel no prestó atención a sus profetas, y ahora paga el precio. No supo asumir su mensaje, ni seguir sus lecciones. No supo darse cuenta de la deriva de sinsentido que había empezado. No fue consciente de sus propias contradicciones. Por soberbia o ignorancia, vivió buena parte del tiempo engañada (y embalsada hacia el abismo). No escuchó a quienes trataban de urbanizar y civilizar el futuro (desde la humildad, la conciencia y la razón -con minúscula). Y abrió la puerta al caos.

Lewis Mumford fue el primero en advertirlo: “La ciudad no es una máquina; es un organismo vivo”.

Nadie lo escuchó. Él soñaba y reclamaba desde sus escritos, ciudades con espacios verdes, distritos donde los edificios no superaran los diez pisos y el 60% del espacio estuviera ocupado por parques y jardines. Eran lugares de relajación, de encuentro en los que se podía convivir cara a cara, frente a frente, seguro y en comunidad.

No fue escuchado. Sus planes fueron devorados por las *Mega Malls*, centros comerciales donde a la gente se la masifica haciéndose que se atropellan unos a otros en parkings siniestros e infinitos, en calles de escaparates encerradas.

Aunque eso solo fue el principio, y por un momento pareció que con la digitalización todo habría de cambiar. Pero apenas cambió nada. Los Mega Malls se transformaron pronto en grandes contenedores de burbujas digitales a los que los Mega Malls solo servían de relevo.

En estos nuevos espacios digitales los sueños se fabrican a medida y se venden envueltos en celofán. Todo envuelto en el macro-celofán de El Gran Sueño (EGS).

Los árboles reales desaparecieron. En su lugar, hologramas de flores que nunca crecen y que nadie huele. Los niños dejaron de correr por los parques para quedarse quietos en jardines virtuales plagados de anuncios. Los ancianos, aislados en sus apartamentos burbuja, pasean solos por mundos digitales que no pueden tocar.

Mumford dijo que la tecnología debía servir a la vida, no al revés. En Nueva Babel, la vida se rindió sin luchar. Se esfumó como un suspiro.

Tampoco escucharon a **Richard Sennett**, que sostenía que una ciudad sana necesita conflictos. “La ciudad perfecta no es armónica; es un espacio donde el conflicto genera creatividad”, decía.

Pero en la Nueva Babel la disidencia se borró. La apagó el miedo. Ese miedo, fruto de la intimidación producida por el estruendo de las grandes voces de los nuevos señores tecnofeudales, y que generó una especie de trauma de inmovilización extensiva.

En Nueva Babel, las fachadas ya no cambian de color por decisión de las comunidades de vecinos o por normativa municipal. Todas las fachadas están hechas de pantallas. Pantallas que despliegan publicidad personalizada y masificada. Que envían mensajes políticos en nombre de la Gran Empresa Apolítica (GEA). Pantallas que pese a sus infinitos colores y sonidos transmiten un solo mensaje: la ideología de El Gran Sueño.

Las aceras en NB son amplias y solitarias, pero casi nadie camina por ellas. Casi nadie se cruza en ellas.

Lo que un día se llamó Metaverso es, años después, un **Reverso de la humanidad** decepcionada, casi eliminada. En ese Reverso, una de sus plazas emblemáticas (Plaza Transdigital2025), se ha convertido en un cementerio de avatares. Avatares que no conversan, ni discuten, apenas se ignoran. Ignoran en profundidad lo que es una plaza, lo que es un foro.

Incluso los bots diseñados para simular a los grandes líderes de este Gran Reverso (Steve Jobs, Bill Gates, Zuckerberg, Bezzos, Elon Musk, y otros...) fueron desconectados. Ya no servían para nada. No eran ya objeto de culto, ¡No valían la pena! Habían completado su vida útil, su objetivo de desestabilizar el orden anterior. Interesaba ya esconderlo Como si no hubieran existido jamás. Como si todo ese estruendo del tsunami digital fuera cosa de naturaleza, no de artificio humano.

Otro profeta de palabras sensatas, pero tan desoído como los anteriores fue **Richard Sennett**. Él imaginaba ciudades abiertas, llenas de fricción y roces, de encuentros inesperados. Porque aunque les costara admitirlo a los bienpensantes, las ciudades necesitan, para ser vivas, una

buena dosis de ruido, de incertidumbre y desorden. Requieren el roce de lo estable (y establecido) con lo que no lo es. Lo extraño con lo archiconocido.

Pero no, Sennet tampoco tuvo éxito. Nueva Babel optó por la comodidad y, por un exceso de pulcritud digital y de orden, avanzó en un camino de previsibilidad aleatoria y estadística -el que precisamente generó la IA (generativa, valga la redundancia)-, y se convirtió en un lugar lleno de una mismidad tal, que todos los habitantes se resultaban extraños entre sí. Seguramente porque era la única manera de negarse a reconocerse en el espejo. Como si el narcisismo extremo que propiciaban las redes sociales no tuviera más salida que desconocer a los otros/iguales para sentirse singulares. Ese narcisismo que es contiguo a la agresividad y al odio.

David Harvey también habló en Nueva Babel y sus alrededores, aunque pocos lo recuerdan. “El derecho a la ciudad no es un regalo; es una conquista”-decía-. Conquista del territorio de los Señores que quieren convertir en comunal. Pero no hubo conquista en NB, lo que hubiera sido conquistable pronto se convirtió en una nube volátil en manos de los señores tecnofeudales.

En Nueva Babel hay pocos ecos de conquista, nada de discursos épicos que alienten a tomar posiciones o a rebelarse. El conformismo lo preside todo. Se llama Transformación Digital Supervisada (TDS).

En definitiva, en la Nueva Babel todo tiene dueño y todo está ocupado por los grandes Señores.

Los *Distritos Ocupados*, comunidades digitales donde antaño se levantaron viviendas cooperativas y granjas de servidores compartidos, fueron barridos por drones policiales en operativos quirúrgicos.

Las bibliotecas Gran Reverso fueron desmanteladas y sustituidas por tiendas de *NFTs de oxígeno virtual*. Es decir, las marcas que aseguran que todo lo que circula tienen un dueño y que en Nueva Babel significa que los dueños son los Grandes Señores Tecnofeudales.

Los ricos (megarricos y plutócratas) viven en burbujas de aire filtrado. Mientras los pobres respiran aire contaminado y luchan enconadamente por un espacio, tanto en las calles del Gran Reverso como en los pocos servidores públicos, ya saturados. (Digamos de paso que hay servidores Premium para muy pocos, donde todo es inmediato, y Servidores Públicos (SP), para quienes pueden perder todo el tiempo del mundo haciendo cola).

Harvey soñó con una ciudad justa, en la que tanto lo físico como lo virtual fuese comunitario. Pero la desigualdad es ahora el único diseño urbano que se mantiene. Lo de la **causa común** y la **propiedad comunitaria** está solo en los museos, y difícilmente se entiende su concepto entre los habitantes de Nueva Babel. Para ellos, máxima aspiración es sentirse bien en su burbuja aislada de celofán. Le llaman ID, Identidad Digital.

Después vino **Paul Virilio**: “La velocidad no es progreso; es un accidente permanente” -dejó dicho-. Reclamaba tiempo, contención, pausa y sosiego. Pero casi nadie quiso escucharle.

En Nueva Babel, como avanzó Paul Virilio, los trenes magnéticos cruzan continentes en minutos. La *Red Cuántica* entrega noticias antes de que ocurran (le llaman probabilismo noticioso, y como el Relato se ha convertido performativo absolutista, esas noticias son mejores que las noticias denominadas antiguamente “reales”. Tanto es así que en NB ya nadie habla de *fake news*.

Pero en esta carrera de la Nueva Babel, la ciudad se quedó sin tiempo. Y sus habitantes apenas pudieron percibirlo. Los *Templos de la Lentitud*, espacios donde se prohibía correr, enviar mensajes o usar inteligencia artificial, cerraron por “baja rentabilidad”. Hoy, Nueva Babel es un torbellino de información hueca: todo es instantáneo, nada es real.

Virilio lo había dicho: la velocidad nos desmaterializa. Aquí, en NB, la gente ya no sabe quién es, ni de qué materia están hechos, ni porqué han llegado -arrastrados por una Gran Prisa- a estar donde están.

Y hubo un quinto profeta, cuyo nombre se perdió en el ruido. Habló de la urgencia de la alfabetización mediática. Dijo que sin ella, incluso la ciudad mejor diseñada acabaría siendo una jaula de cristal inteligente. Que la conciencia crítica no debería perderse nunca.

Pero en Nueva Babel, nadie lo oyó. Las escuelas de alfabetización -las pocas de alfabetización digital que había, pero también las otras, cerraron porque “no daban beneficios”. Y porque la idea de cerrar el departamento de Educación que Trump tuvo en el 2025, cundió con el paso del tiempo.

Así que los niños y niñas crecieron (¿se educaron?) sin aprender a distinguir un árbol de verdad de un NFT de oxígeno, o un algoritmo favorable a la comunidad de uno de tipo extractivista. Por eso pasan horas en mundos virtuales sin reglas, ni ética. Y el futuro que se les prometió ya no es un destino sostenible.

Nueva Babel es la ciudad que no escuchó a sus profetas. La ciudad de la nostalgia, la decepción y la soledad. Las calles están cubiertas de pantallas que muestran anuncios personalizados, adaptados al estado de ánimo de cada transeúnte, pero nadie las mira. Lo que no deja de ser alentador, porque la desafección es el primer paso a una rebeldía posible. Pero por ahora es solo desafección normativizada, generada basándose en el conductismo más ramplón.

Los habitantes de NB, aunque caminen por calles solitarias, en realidad, flotan en burbujas digitales, aislados no solo del mundo físico, sino los unos de los otros.

La distancia se volvió norma. Sociedad de la distancia, que es menos sociedad. La soledad se convirtió en epidemia, pandemia, para ser más exactos. La seguridad, un privilegio que pocos pueden pagar. La incertidumbre, lo habitual.

Mumford, Sennett, Harvey y Virilio fueron profetas, no fueron dioses omniscientes, no lo pretendieron. Fueron solo voces que señalaron rutas alternativas ante una realidad que se iba haciendo calamitosa, pero predicaron en el desierto. En el gran desierto anímico que anegó la ciudad, sus palabras se perdieron.

Nueva Babel es un espejo roto, donde se refleja la molicie de la humanidad, su parte mala: la incapacidad de escuchar, de aprender, de cambiar. El ensimismamiento narcisista en una soledad aislacionista. La proclividad a la agresividad, al cierre, a la exclusión.

Aunque, quizá no todo esté perdido. Tal vez, en algún rincón olvidado de la ciudad, alguien abra un libro viejo o recupere una conversación sobre la ciudad humana, sobre su necesidad y su sentido. Quizá alguien recuerde cómo distinguir un árbol verdadero de su réplica digital. Tal vez alguna escuela se reabra, y algún atisbo de pensamiento crítico, de libertad de espíritu renazca como síntoma de esperanza entre un mundo tan decepcionante. Tal vez... Ningún destino está escrito de antemano.

Pero el tiempo se acaba. Y si Nueva Babel no aprende de sus profetas, será apenas el prólogo de una distopía aún mayor. De aquí que este libro sea de necesaria lectura. Porque abre alternativas, porque se enfrenta a los auténticos retos de las ciudades y de la ciudadanía de nuestro tiempo. Porque ayuda a **imaginar juntos un futuro mejor**.